

Una ruta dominical apasionante

Queridos diocesanos:

No sé si os habéis dado cuenta. Este año, la primera parte del llamado “*Tiempo Ordinario*” de la liturgia, entre las celebraciones de la Navidad y el comienzo de la Cuaresma, va a ser más largo de lo habitual. Ha llenado casi todo enero y ocupará todo el mes de febrero, en total ocho semanas que nos permitirán seguir, de manera sosegada y profundizando, la parte del *itinerario* espiritual y pastoral que antecede a la Cuaresma-Pascua y que está marcado por el *color verde* de los ornamentos sacerdotales. Esta vez el itinerario es como un viaje realizado sin prisas y en el que es posible detenerse en sucesivas poblaciones -las convocatorias dominicales-, cada una con su interés propio pero formando parte de una ruta significativa. En este viaje, acompañados por nuestro Maestro Jesucristo, el *libro de ruta* es, durante este año litúrgico, el “*Evangelio según San Mateo*”.

Quizás alguno se pregunte a qué obedece el que este período sea unas veces tan corto que nos topamos enseguida con la Cuaresma y otras, como este año, en que tenemos prácticamente dos meses por delante aunque ya hemos consumido una parte del viaje. La respuesta está en la oscilación de la fecha de la Pascua que depende de lo que se conoce como “*calendario lunar*” o de las fases de la luna y que abarca un periodo de 28 días, calendario que no coincide con el “*solar*” dividido en 12 meses, como todos saben. La fecha de Pascua de resurrección, ligada al plenilunio de primavera según dispuso el concilio de Nicea el año 325, cae unas veces más pronto y otras más tarde, como este año en el que se celebrará el 16 de abril cerrando la Semana Santa. Aclarado esto, deseo deciros que es del todo necesario para nuestra vida cristiana el participar en la convocatoria semanal del *Día del Señor*, centrada en la Misa pero que abarca la jornada entera. Omitir esta participación en la eucaristía dominical, siguiendo la comparación con el *viaje* al que me refería antes, es como quedarse por capricho o pereza sin visitar alguna de las poblaciones importantes de esa ruta apasionante. Esto no lo hace nadie sensato.

Pero es justamente lo que hacen algunos cristianos por dejadez o abandono. Más grave aún es hacerlo conscientemente porque es un gesto de desaire y desprecio hacia Jesucristo que en la eucaristía nos convoca, nos habla y parte para nosotros el pan de su Cuerpo a fin de alimentarnos. A tantos cristianos que han olvidado la importancia del domingo habría que recordarles lo que sucede hoy en algunos países donde manifestarse creyente constituye un grave riesgo personal y, sin embargo, por nada del mundo dejan de acudir a la Misa dominical, celebrada de manera gozosa a pesar de los pesares. El año 303, en el actual Túnez, al sudoeste de la antigua Mambressa, hoy Medjez el-Bab, durante la persecución del emperador Diocleciano, un grupo de cristianos, detenidos y amenazados de muerte por haber asistido a la Misa dominical, respondieron al procónsul que les interrogaba: “*Un cristiano no puede existir sin celebrar los misterios del Señor*”

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice al respecto: “*Los fieles están obligados a participar en la Eucaristía los días de precepto, a no ser que estén excusados por una razón seria (por ejemplo, enfermedad) o estén dispensados por su pastor propio. Los que deliberadamente falta a esta obligación cometen un pecado grave*” (n. 2181). A los olvidadizos y descuidados les digo: “*No sabéis lo que os perdéis. Sed consecuentes con vuestra condición de hijos de Dios*”. Esta sí que es una “*ruta*” maravillosa y gratificante:

+ Julián, Obispo de León